

Sobrepesca y migración en el África subsahariana

ÁLEX AGUILAR *

La playa de Saint Louis, la principal ciudad al norte de Senegal, es cada tarde un hervidero. A lo largo de un frente de arena de más de cinco kilómetros de largo se alinean largas piraguas pintadas de brillantes colores. Todas lucen en sus pañoles los *gris-gris* talismánicos, pero la buena fortuna que estos amuletos buscan atraer no siempre es la misma. En algunos casos será el retorno a puerto con los capazos bien cargados de pesca pero, en otros, consistirá en alcanzar las Islas Canarias y, de ahí, Europa. Mejor que nadie, los senegaleses conocen la temeridad de esta última opción. Sus embarcaciones equipadas con un simple fuera borda fueron construidas sin las medidas de seguridad más elementales para la navegación de altura. ¿Por qué estas piraguas están mutando la función para la que fueron creadas? ¿Por qué muchos senegaleses se embarcan en una temeraria travesía de más de 2 000 kilómetros en aguas abiertas en vez de quedarse en casa y explotar las prolíficas aguas que bañan sus playas?

En Senegal y Mauritania, la pesca es una actividad tan importante como el turismo en España. Los productos pesqueros representan entre un 40 y un 50% de las exportaciones, y el sector da trabajo a cerca de un diez por ciento de sus habitantes. En Mauritania, las tasas derivadas de la pesca nutren de manera directa un 25% del presupuesto del Estado. Estas cifras tan abultadas se explican por una feliz combinación de cualidades oceanográficas. Los más de 1 200 km de costa que se extienden desde Cabo Blanco hasta la frontera de Senegal con Guinea-Bissau disfrutan de una amplia plataforma continental y unas condiciones oceanográficas particularmente favorables para la productividad marina. Se trata, de hecho, de uno de los caladeros más importantes del Atlántico Norte y ello ha provisto a la población local de una fuente tradicional de alimento y trabajo. Sin embargo, en la última década la situación ha cambiado. Los pescadores senegaleses y mauritanos ya no están solos. El progresivo agotamiento de otros caladeros y el cerrojazo marroquí a la flota española a finales de 1999, que dejó a más de 4 000 de nuestros pescadores sin un lugar donde ir a faenar, han conducido a un desembarco masivo de las flotas asiáticas y europeas en estas aguas. Y con ellas ha llegado inevitablemente la sobrepesca. Los informes del Banco Mundial, un organismo que no peca de ecologista, reconocen que la presión pesquera internacional ha empobrecido alarmantemente los caladeros hasta producir escasez de pescado en los mercados locales. En la misma línea, la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) ha alertado de que los stocks de pulpo y langosta, antaño tan apreciados por los pescadores españoles, están arruinados. Otros recursos ya han desaparecido comercialmente. En el puerto mauritano de Nouadhibou, en 1985 se desembarcaron 800 toneladas de tiburones, mientras que en 1995 la cifra se había reducido a 53 y hoy este recurso es prácticamente inexistente. Tan solo entre 1986 y 1991 la abundancia de productos globales de la pesca en la zona se redujo a la mitad (las capturas pasaron de 1 000/hora de trabajo a 500). Sin embargo, esto no fue obstáculo para que la voracidad de las flotas internacionales se saciara. Por ejemplo, aunque la captura de pulpo cayó de 35 000 toneladas en 1992 a sólo 20 000 en 1997, cuando en 1999 la UE negoció un nuevo acuerdo de pesca exigió a Senegal que autorizara un aumento del 60% de las capturas.

En el mercado alimentario internacional se comercia más pescado que cualquier otro producto. Pero los artículos sólo viajan en

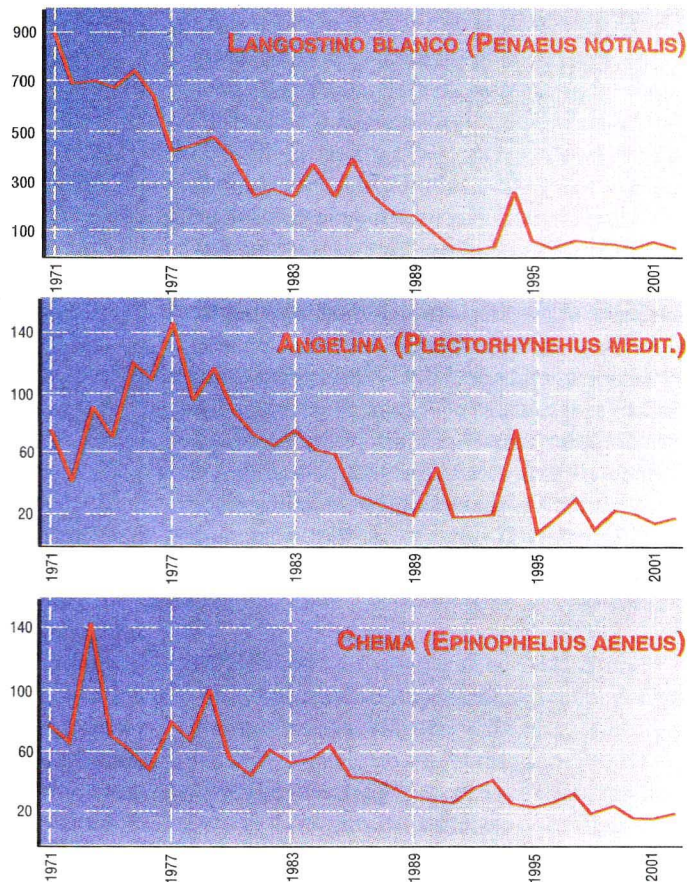
una dirección: de las naciones pobres a las ricas. La flota pesquera de la UE es la tercera mundial, sólo precedida por la China y la peruana, y en el África subsahariana los buques europeos capturan seis veces y media más pescado que las flotas locales. El impacto de la pesca abusiva en los caladeros subsaharianos ha sido extensivo y ha dejado fuera de juego a las tradicionales piraguas que dan trabajo a cerca de 700 000 pescadores. Tomemos como ejemplo la pesca del pulpo. Cuando en Mauritania este recurso cayó precipitadamente, los puestos de trabajo directamente ligados a la pesquería disminuyeron de 5 000 en 1996 a sólo 1 800 en 2001.

En unos países en los que la edad de aproximadamente un 45% de la población es inferior a los 16 años y en los que, por este motivo, la necesidad de nuevos puestos de trabajo es acuciante, estas constricciones en el mercado laboral son una dificultad insuperable. Pero, además, el 75% de la proteína que consumen los senegaleses proviene del pescado y la sobreexplotación puede llegar a generar un problema de seguridad alimentaria. Un reciente informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo afirmaba que “después de 15 años de cooperación con la Unión Europea, el sector pesquero de Senegal se enfrenta a una profunda crisis. Los stocks de pescado están exhaustos y el colectivo artesanal desorganizado, lo que ha elevado los precios del pescado en los mercados locales y puesto en peligro los suministros a las industrias conserveras”.

Y a ello hay que añadir que los problemas no son sólo económicos. Las áreas de pesca se han alejado de la franja costera, donde la presión de explotación ha sido mayor. Los pescadores de la playa de Hann, junto a Dakar, necesitan navegar hoy cuatro horas para alcanzar los caladeros, cuando antes sólo precisaban 20 minutos. Esto no sólo significa un mayor esfuerzo y comporta un mayor consumo de combustible, sino que es también más peligroso. Las embarcaciones se ven forzadas a aventurarse en aguas abiertas hasta colocarse en la ruta de los barcos mercantes. Se calcula que, cada año, entre 40 y 80 pescadores mueren al ser arrollados por buques de gran porte que en la oscuridad no detectan las frágiles canoas.

Senegal es el principal origen de los cayucos que alcanzan las costas canarias y 3 500 de los 5 800 extranjeros retenidos en centros de internamiento para inmigrantes ilegales son ciudadanos de este país. ¿Cuántos de ellos, o de los 30 000 senegaleses que residen ya en España, emigraron por estos motivos? En Senegal quedan todavía más de diez mil cayucos dedicados a la pesca artesanal. Si la sobreexplotación pesquera y la desigual competencia europea se intensifican aún más, muchos de estos pescadores perderán su trabajo y dirigirán sus ojos hacia Europa. Pero esto no es sino la punta del iceberg. El colapso de los recursos pesqueros de Mauritania y Senegal afectaría a toda la subregión, ya que estos dos países aprovisionan mercados vecinos, como los de Malí y Burkina Faso.

En 1997, el Parlamento Europeo encargó un informe sobre el impacto de sus acuerdos pesqueros con los países africanos y su ponente, Peter Duncan Crampton, escribió: “Los acuerdos no contribuyen en nada al desarrollo de la industria autóctona de la pesca ni favorecen el despegue económico”. Más adelante vaticinaba: “de hecho, contribuyen a la inestabilidad económica, los conflictos ligados al acceso a los recursos y la emigración forzada de los trabajadores de la pesca”. No parece que ni el parlamento europeo ni el de España, principal beneficiaria de los acuerdos pesqueros de la UE, hicieran mucho caso de su aviso. ■



Evolución en Senegal de la abundancia (medida en kilogramos de pesca por hora de trabajo) de tres recursos marinos de importancia comercial. En todos los casos, desde al menos la segunda mitad de la década de 1970 la reducción de los stocks ha sido muy acentuada.

EL PROTAGONISMO EUROPEO en los caladeros noroccidentales africanos no va de la mano, lamentablemente, de un comportamiento ético en sus relaciones comerciales. La UE ha presionado para obtener cuotas pesqueras insostenibles y ha enviado allí buques y artes que no aceptaba en sus propias aguas. Por ejemplo, la ayuda comunitaria a Mauritania fue en 2001 condicionada a que este país concediera una licencia al *Atlantic Dawn*, un mastodóntico pesquero irlandés de 144 metros de eslora que faenaba con una enorme red de arrastre en forma de embudo de 600 metros de ancho y 100 metros de alto. La actividad de este barco, fruto de los subsidios a la construcción naval europea, había sido prohibida en aguas comunitarias por destructiva. Desplazándolo a Mauritania, Bruselas externalizaba un impacto que no juzgaba aceptable en sus propias aguas. En Senegal, durante seis años el *Atlantic Dawn* ha capturado cada día la misma cantidad de peces que 3 000 piraguas locales hasta que, el pasado otoño, fue multado con casi cien mil dólares por pescar en una zona prohibida.

A TODO ELLO HAY QUE AÑADIR los tradicionales subsidios masivos a la pesca, que no han hecho sino desequilibrar aún más la balanza. Mediante ellos se reducen artificialmente tanto los costes como los riesgos de inversión y se sobrecapitaliza una industria que es económica y ecológicamente insostenible, acelerando de este modo la sobreexplotación de los recursos marinos. Además, han sido excesivos. Hasta hace poco, las ayudas a las flotas pesqueras europeas alcanzaban los 500 millones de euros anuales y no se invertían precisamente en las mejores causas. Según un informe de la administración irlandesa, el subsidio al *Atlantic Dawn* costó a los ciudadanos irlandeses 100 millones de euros.